

nudo en los juegos de la inmortal Olimpia, el pensamiento que cruzaba por las profundidades insondables del espíritu de los filósofos y el relieve que la escultura ponía como una diadema cincelada en el tope de los monumentos, el coro armonioso de la tragedia y el espectáculo incomparable de la libertad, desde los colegios del sacerdote hasta las tribunas del republicano. Esto quería decir tan sólo que aquel cuitadísimo joven estaba loco. Pues, aparte las propias gracias personales, á estas locuras libraba con empeño Agripina la seguridad completa de acaparar á Claudio y á su Imperio.



CAPÍTULO XII

INTRIGAS Y SEDUCCIONES

Mientras Nerón se divertía de tal suerte por los jardines, llegaba Claudio al palacio de Agripina y se metía por las habitaciones con resolución semejante á la de quien da un salto peligrosísimo tras una suprema resolución. En efecto, hasta la puerta del cubículo, donde solía estar de continuo la princesa, le acompañaron Palas y Narciso; éste disuadiéndole de la visita, y aquél á la visita persuadiéndole. Hubiérase dicho que, faltó el emperador de propio criterio, se habían personificado en sus dos libertos dos contradictorios pensamientos para moverle y determinarlo según ajenos impulsos. Hasta de la túnica le tiraba Narciso para detenerlo, como pudiera tirar de las ropas de un ahogado, mientras á empellones lo metía dentro del palacio Palas, como si aquel dueño de la Tierra fuese un esclavo de sus propios esclavos. Por fin la fuerza persuasiva de este último sobrepujó á la del primero, y Claudio entró en el gabinete de su imperial sobrina. Un buey que descansa tras de haber arado mucho, no se desploma en el surco jamás como Claudio en el primer asiento que halló á su alcance y medida. Resoplaba como tras un combate. Dirigía los ojos á todos lados recelando que pudieran entrar sus dos imperiosos consejeros. Limpiábase con el revés de su mano derecha los fríos sudores que le corrían por el

encarnado rostro. En efecto, como la base fundamental de una complexión jamás puede desmentirse, Claudio estaba perplejo, después de su reciente viudez, entre casarse ó no; y después de estar á tal respecto incierto, lo estaba también respecto de la mujer que pudiera preferir para su trono y para su tálamo, en el caso más ó menos probable de casarse. Todo confusiones en él. Cuando arriba se necesitaba un pensamiento fijo y una voluntad resuelta, Claudio carecía de pensamiento y de voluntad hasta en los momentos más difíciles y para los acuerdos más graves. ¡Cuánto no había de oscilar entonces, tratándose del matrimonio, negocio relativo á su vida privada y sólo á él concerniente! Y por lo mismo que así vacilaba el cuitadísimo, había menester de una compañera que compartiese un estado continuo de ánimo, cual su duda perpetua, de la que únicamente podía salir en algunas ocasiones ayudado por esfuerzo ajeno. Un trono sólo por él ocupado; la consulta de sus innumerables sentencias y acuerdos reducida únicamente á oír el parecer de los libertos; su tálamo regio lleno de concubinas volanderas con desdoro de sí propio y detrimento de su autoridad; el palacio de los césares desposeído de la felicidad que trae una mujer; sus propios sensuales instintos de suma fuerza é imperio satisfechos por modos ilegítimos, impelíanle á buscar en el matrimonio una fuerza de que su alma no disponía por fatales disposiciones del hado. Y como en los afectos de amistad y de amor solemos buscar el complemento á nosotros mismos, penetrado Claudio por modo instintivo casi de las deficiencias suyas, de la debilidad congénita con su complexión, en la mujer encontraba fuerza que añadir y sumar á su albedrío, solicitado por dos fuerzas contradictorias, que tiraban de su voluntad, muy perpleja entre ajenos impulsos. Y casualmente su imperial sobrina, engendada en los campamentos, nieta é hija de guerreros tales como Agripa y como Germánico, entre soldados crecida y criada, más diestra en el manejo de las espadas que de las agujas, podía con superiores títulos dar lo que principalmente pedía Claudio á la compañera de su vida para completarse: fuerza de voluntad. Así, traído y llevado por los impulsos de tantas voluntades ajenas, había menester un tantico de reposo. Cuando lo vió llegar Agripina holgóse por todo extremo y se propuso no soltarlo hasta tenerlo del todo comprometido y puesto ya

en camino de la boda. Apremiaba en tal ocasión á ésta, no tan sólo el propio interés, una tablilla deslizada por Palas en manos de la esclava predilecta diciéndole: ¡ó ahora, ó nunca! En efecto, como pasaba con tal facilidad Claudio de un estado del ánimo propio á otro muy opuesto; como cambiaba de resoluciones cual de ideas á cada instante; como sufría la sugestión de cuantos le rodeaban; como todos sus propósitos solían perderse á una en la vaguedad propia de toda indecisión; como á veces, cual todos los indecisos y perplejos, en dos minutos de resolución arrancaba en carrera desbocada, no tenía remedio Agripina, sino asirlo en aquella hora suprema y arrastrarlo por todos los medios á un casamiento, en el cual hallaría la satisfacción á sus desapoderadas ambiciones y los logros apetecidos desde su infancia por un conjunto de instintivos impulsos heredados de las generaciones que habían concluído por engendrarla y producirla en aquel período á ella, tan imperiosa como soberbia. Sin embargo, una tigre, doble y embustera, no se hubiera convertido en acariciadora gata como aquella mujer imperial, que ocultaba sus uñas, y cerraba sus dientes, y disimulaba su fuerza para coger entre sus brazos al cuitado y despedazarlo sin misericordia, comiéndoselo con la voracidad nativa en su exterminadora y feroz familia imperial. ¡Los ojos de águila, cómo se tornaban ojos de paloma. ¡Sus rugidos, cómo pasaban al arrullo! El éxtasis de un amor puro se dibujaba en el rostro avieso á voluntad, como si la fisonomía obedeciese al deseo y al propósito ciegamente. Una madre no cuida con tanta solicitud al hijo que anhela criar, como cuidaba ella en aquel momento á la presa que deseaba destruir.

— ¡Claudio! ¡Claudio! — dijo á su tío, con una voz tal que hubiese perturbado, no digo á un hombre tan sujeto de suyo al apetito y á la sensación como Claudio, á una estatua.

— ¡Oh! ¡oh! ¡oh! — respondió Claudio muy lastimado y quejumbroso.

— ¿Qué te pasa? — le preguntó Agripina con amor, ayudándole á sentarse y componerse, tan solícita y tan cuidadosa.

— Los malditos libertos. No me dejan vivir con sus visitas.

— Ya se ve — observó Agripina, dispuesta siempre al aprovechamiento de cualquier coyuntura que se presentase de dar tras

sus enemigos, — ya se ve, cuando tienes á tu lado un ministro consejero como Narciso, todo es de temer.

— Agripina, deja en paz á Narciso.

— Perdona, Claudio, perdona si te molesto — exclamó la princesa en su deseo de no imponer ninguna de sus preferencias al César hasta secuestrarlo con su dominio por medio del casamiento.

— Vengo aquí en busca de reposo.

— Toma esta bebida refrescante, que te sentará bien.

Y Agripina presentó en copa de oro cincelada muy delicadamente sorbos de hidromiel á su imperial tío.

— Gracias. Me sabe muy bien, pues llegué aquí reventado.

— Aquí encontrarás cariño y reposo.

— ¡Qué bien compuesta la casa!

— ¡Ya lo creo! Nuestras manecitas de mujer, principalmente sirven para eso: para componer y arreglar las pajareras donde nos encerráis cautivas los hombres.

— Tienes razón — exclamó Claudio, encantado de ver tan humilde y sencilla y obediente á la imperial sobrina, — tienes razón. Hasta en el palacio de los Césares anda todo al retortero cuando le falta próspera mano de mujer.

— Pues tamaña falta puede con suma facilidad enmendarse. No hay sino desearlo de veras y decidirlo á la mayor brevedad posible.

— ¡Me solicitan — respondió Claudio para sincerarse, — tantas contrarias inclinaciones y me asaltan tales dudas!

— Pues con dudas y perplejidades no se consigue nada; un propósito firme, un objeto seguro, una elección resuelta, pueden sacarte de la confusión obscura en que te estremeces y golpeas como el epiléptico asaltado por un accidente.

— ¿Qué quieres? Cada cual es como lo ha hecho el cielo, y nace para los misteriosos fines que allá en los abismos de la noche le señala el hado implacable con fórmulas de astros y de soles.

— Mas no sabemos lo que nos destinan los dioses, y necesitamos adivinarlo por escudriñamientos de nuestra conciencia y cumplirlo por impulsos de nuestra voluntad. Mueve, pues, tu voluntad con tu pensamiento, y decídete.

— ¡Oh! En todo cuanto atañe á los demás, encontrarásme siem-

pre al bien dispuesto; pero en todo lo que atañe á mi persona y al destino de mi persona, encontrarásme perplejo siempre.

— Pues me dicen que ya estás fijo en la resolución de contraer nuevo matrimonio. Y si en tamaña resolución estás fijo, precisa que la pongas por obra, uniéndote con la mejor y más hermosa mujer que encuentres en tu vida.

Y mientras decía estas palabras, acercábasele como el fascinador á la serpiente. Los ojos le centelleaban chispas abrasadoras, le palpataba el pecho provocador. Abriábasele, como para respirar y aspirar todos los placeres, sus anchos narigales. El cuello, de un dibujo perfectísimo, se retorció, como pidiendo unos brazos que lo sujetasen. La cabeza erguida sacudíase como á impulsos del deseo. Parecían aquellos blancos dientes próximos á morder en cualquiera fruta prohibida. Los labios vibraban como al toque de palabras incoherentes, pero apasionadísimas. El aliento despedía un aroma tal de voluptuosidad, que podía subirse á las cabezas más firmes y emborracharlas hasta perderlas en verdaderos desvaríos. Podían oírsele á maravilla los latidos del corazón y de las sienas, uno y otras fulminando tempestades de amor, y el cuerpo todo se retorció como prometiendo sensaciones jamás soñadas en los mayores extravíos del sentido.

— ¡Oh! ¡oh! — exclamó Claudio, lanzando gritos en los cuales conteníanse algunas palabras, pero de una confusión tal, que ya parecían, según lo inarticuladas, vagidos de la infancia, ya estertores de muerte, ya resuellos de celo, todo antes que ninguna expresión humana y clara y concreta y distinta, pues los gestos voluptuosos de Agripina, más ó menos naturales, pero muy bien fingidos, le habían despertado todos los instintos, y se dejaba por ellos arrastrar con tal brutalidad que, temiendo la diestra sobrina desatinarlo, replegó sus alas de un golpe y llevó el coloquio á otros asuntos de una verdadera virada en aquella situación peligrosísima.

— ¿Has descansado ya? — le preguntó con acento indiferentísimo, haciéndole pasar á la frialdad más glacial desde la exaltación más ardiente.

— Sí, ya he descansado — respondió Claudio de un modo maquinal, pues le costaba mucho la brusquedad rudísima del cambio á que lo sometía la implacable sobrina, quien jugaba con él como

los domesticadores con las bestias crueles y feroces, que ya gruñen amenazadoras y rugientes, ya se arrastran sometidas y dóciles.

—Vamos á ver, Claudio, viniste para consultarme. ¿No es cierto? Para consultarme sobre tu matrimonio.

—¡Ah! —respondió Claudio con una exclamación, dicha por no tener, en último resultado, ninguna otra cosa que decir, abrumadísimo bajo el influjo que Agripina ejercía sobre su persona.

—Tú no debes casarte, Claudio, sin reflexión, como lo hiciste las otras veces, dejándote dominar de un minuto de verdadero extravío increíble, ó de sugerencias ajenas por tus redomados libertos con su imperio impuestas á tu débil voluntad.

—Sí, sí, —decía Claudio, quien había entrado en los accesos frequentísimos de imbecilidad á que le arrastraban las emociones encontradas cuando eran fuertes, como si en algunos momentos adoleciese de parálisis en la voluntad y en la inteligencia.

—Tú debes casarte con mujer digna de tu rango. La sangre que riegue su cuerpo deberá provenir de César y de Augusto, pues ninguna otra corresponde á tu alta majestad. Los dioses en el Olimpo nuestro se casan á una con las diosas. Cuando la preferida no pertenece á su naturaleza y á su estirpe, toman formas inferiores, como para demostrar que han descendido un grado en las escalas de su divinidad. Una mujer de la familia de Augusto, y sólo una mujer de tal familia te cuadra y te conviene, pues con otra cualquiera descenderías como descendió Júpiter á toro y cisne cuando requirió de amores á mujeres tan bellas como Leda y Europa. Tú, Claudio, aunque divinizado por el cargo cuasi divino que tienes, no podrías tomar el exterior tomado por Júpiter en esas ocasiones, y llegarías á embrutecerte con el peor de los embrutecimientos: con aquel que subsiste y queda bajo la forma humana y el aspecto humano, tan dignos y tan dignificadores. Dígote, por ende, que no te cases con mujer ajena del todo á nuestra casa y familia.

—Bien, bien —decía Claudio maquinalmente.

—Ni la prosapia de tu esposa deberá ser indiferente á tu gusto; ni la figura tampoco á tu nativa majestad. Cuando los escultores griegos parean dos estatuas, la una femenina, masculina la otra, buscan modelos de análoga hermosura y dignidad. Tienes que recibir los

embajadores; pues necesitas una mujer que les atraiga y subyugue. No importa que recuerde á Venus en delicadeza y en hermosura, si en gravedad y en altitud recuerda también á Minerva. La cabeza de una emperatriz necesita ser bastante fuerte y amplia para soportar el casco de las amazonas invencibles que precedieron al Aquiles de *La Iliada* en la gobernación y defensa de los primitivos estados helenos. Cuando paséis por delante de las muchedumbres, deben decir éstas en voz clara: por ahí van una diosa y un dios. ¿Cómo, si no, conservar el rango altísimo que á tu alcurnia y á tu autoridad corresponde? Busca quien te complete, Claudio; no quien te rebaje y disminuya. Elige una mujer de tal gallardía que vean en ella una propia y natural autoridad los romanos.

—Conforme, conforme —decía Claudio, no sin advertir que todas las señas dadas por Agripina cuadraban por completo á ella y la describían y la pintaban con un raro parecido muy semejante al modelo.

—Luego, á la sangre imperial y á la imperial prestancia debe reunir imaginación que te cautive y saber que te auxilie. Una dama desprovista de imaginación se parece á un jardín desprovisto de flores. Una mujer sin conocimientos ni ciencia se parece á una llama sin calor. Debe tu esposa escribirte las arengas, como solía la inolvidable Aspasia escribirle, con elocuencia incomparable, las suyas respectivas al primero entre los griegos, al inmortal Pericles.

—Justo, justo —decía Claudio, á cada instante más captado por las descripciones que de sí misma recitaba, con tanta retórica en la forma y tanta intención en el fondo, su redomada sobrina.

—Un poco de Historia no le sentará mal á la que designes y escojas.

—¿Historia también?

—Historia.

—¿Qué dices?

—Aquí me tienes; yo escribo la historia del tiempo corriente.

Yo trazo los anales de cuanto sucede alrededor mío.

—¿De veras?

—¡Y tan de veras!

—Me dejas atónito.

—¡Ay de aquellos que me falten! Yo les presentaré desnudos

ante la posteridad. Yo les arrastraré á las maldiciones eternas. Yo les clavaré un estilete, como un agudo puñal, en el corazón.

— ¡Basta, basta! — gritó Claudio, pues Agripina, por tal modo se levantaba y erguía en su desvarío, que la hubierais tomado por una furia.

— Luego, la mujer debe hallarse instruída en Jurisprudencia.

— ¿En Jurisprudencia también?

— Pues qué, ¿para honrarte á ti mismo no la llevarías á tu lado al presidir los tribunales de justicia?

— La llevaría.

— Y llevándola, ¿quieres que se presentase allí á guisa de un perro y sin saber una palabra de aquello que traigas entre manos? La mujer de una casa ordinaria puede ignorarlo todo; la mujer de una casa imperial tiene que saberlo todo.

— No lo dudo — añadió Claudio, por añadir algo á lo que decía, con cara de Pitonisa y estilo de oráculo, su bella sobrina.

— Y si me apuras, debe saber la emperatriz estrategia y táctica.

— Tampoco lo dudo — añadió Claudio, á quien el hervor de la sangre, producido por las tentaciones de aquella mujer, se le había subido á los ojos, haciéndole notar las perfecciones que iba la interlocutora enumerando como compendiadas y resumidas en ella misma, en su persona, cuyas gracias se le aparecían como centuplicadas al apetito y al deseo.

— Pues qué, ¿no acompañó mi madre Agripina en los campamentos y en los combates á tu hermano inmortal Germánico? Sus brazos, ¿no ayudaron á este generalísimo excelso, mi padre amado, en aquellas barreras y murallas erigidas contra los bárbaros? Yo misma, ¿no fui engendrada en una tienda de campaña y no fui parida en una correría militar? La madre del conquistador Darío, Atossa, conoció la guerra como su hijo, pues le disciplinaba legiones en el desierto y se las expedía con verdadero arte militar. La madre de Alejandro fué general tan eximio como el que sus entrañas engendraron. En las mujeres llamadas hetarias por los griegos, había desde oradores hasta poetas y políticos. La prueba de lo mucho que la mujer cooperó á la civilización helénica está en la burla por Aristófanes hecha de su poder en magistrales comedias. ¿Livia hizo acaso más por el Imperio que nuestro divino abuelo

Augusto? El nombre de mi madre Agripina va junto con el nombre, tan amado por los ejércitos y por los pueblos, de tu hermano Germánico. Así, te ruego que optes por una mujer industriada en artes militares también, como tantas y tantas que han brillado en la Historia y esclarecido su familia y su edad. Puesto que has de casarte, Claudio, cástate con esposa que sea política, historiadora y militar.

— Tantas y tantas cualidades atribuyes á la mujer por ti designada, que habrá solamente una en Roma — dijo Claudio con cierta punta de malicia, muy extraña y muy singular en la timidez natural que le aquejaba de continuo.

— Pues con estos ornamentos, debe sumar el amor y culto fervoroso á la Poesía y á las Artes.

— ¿Aún más tesoros? — preguntó Claudio con cierto retintín.

— Solamente hay un emperador en el mundo conocido. Pues no debe haber en el mundo conocido más que una sola emperatriz. Y esta emperatriz ha de ser singularísima para emparejar con un César como tú, estadista, jurisconsulto, poeta, legislador consumado, retórico de primer orden, con ribetes de maestro en ciencias tales como la Historia.

— Gracias, gracias, gracias — dijo Claudio, á quien las adulaciones de Agripina le trastornaban el blando seso, casi como las gracias y las seducciones el débil sentido.

— Imagínate, junto á una mujer como la que describo, cuál sería tu majestad y tu esplendor. Podrías creerte, no en el trono de los romanos, en el ara de los dioses. Tu corona competiría en brillo con la corona del Sol. Vendrían los bárbaros á someterse y los griegos á consultarte. La plebe romana se creería vuelta de nuevo al tiempo de las mujeres excelsas. Todas las lenguas de todos los sacerdotes convertiríanse á bendecirte y todas las plumas de todos los historiadores á inmortalizarte. Cada ciudad levantaría un templo á tu gloria y cada mortal ofrecería en tus aras una víctima. Parecerías en el Palatino, con una mujer así, semejante á Júpiter acompañado de Juno, y no habría necesidad en los mortales de ascender al Olimpo griego en alas de la poesía ó de la religión; que aquí en el suelo toparían todos á una con la divina celestial pareja.

— Bien, bien — decía Claudio, embobado con la extraordinaria